



## Índice

Portada	
Prólogo	
Capítulo 1. Trayectorias imperiales	
Capítulo 2. El dominio imperial en Roma y en China	
Capítulo 3. Después de Roma: Imperio, cristiandad e islam	
Capítulo 4. Las conexiones euroasiáticas	
Capítulo 5. Más allá del Mediterráneo	
Capítulo 6. Economías oceánicas y sociedades coloniales	
Capítulo 7. Más allá de la estepa	
Capítulo 8. Imperio, nación y ciudadanía en una época revolucionaria	
Capítulo 9. Imperios transcontinentales	
Capítulo 10. Repertorios imperiales y mitos del colonialismo moderno	
Capítulo 11. Soberanía e imperio	
Capítulo 12. Guerra y revolución en un mundo de imperios	
Capítulo 13. ¿Fin del imperio?	
Capítulo 14. Imperios, estados e imaginación política	
Bibliografía recomendada y obras citadas	
Créditos	

*los últimos dos mil años, haciendo gala de su gran talento y su paciencia.*

*En un momento decisivo de la elaboración de esta obra, pudimos disfrutar de un mes de reflexión y discusiones en el Centro de Bellagio de la Fundación Rockefeller a orillas del lago de Como, donde otrora veraneaban los ciudadanos del imperio romano. Durante las últimas semanas de un proyecto con el que habíamos convivido a lo largo de diez años, tuvimos la ocasión de conocer la hospitalidad del flamante Institut d'Études Avancées de Nantes, en una región de Francia que ha luchado por imperios, y contra ellos, y que durante siglos conoció los beneficios, así como los desastres, derivados de proyectos imperiales. Nuestro más profundo agradecimiento, pues, a todos los que, de una manera u otra, han colaborado para que este libro fuera una realidad.*

*Nantes, junio de 2009.*

## Capítulo 1

### TRAYECTORIAS IMPERIALES

Vivimos en un mundo que comprende alrededor de doscientos estados. Cada uno de ellos ostenta símbolos de soberanía —su bandera, su delegación en la ONU—, y cada uno de ellos reivindica que representa a un pueblo. Estos estados, grandes y pequeños, son en principio miembros iguales de una comunidad global que permanece unida por el derecho internacional. No obstante, el mundo de naciones-estado que hoy conocemos apenas tiene sesenta años de edad.

A lo largo de la historia, la mayor parte de los individuos han vivido formando unidades políticas que no pretendían representar a un único pueblo. Hacer de un Estado una nación es un fenómeno reciente que nunca se ha realizado de manera completa ni ha sido deseado unánimemente. En la década de los noventa del pasado siglo, el mundo fue testigo de los intentos por parte de los líderes políticos de convertir el Estado en una expresión de «su» nacionalidad: en Yugoslavia —país creado tras la primera guerra mundial en un territorio arrancado a los imperios de los otomanos y los Habsburgo—, así como en Ruanda, la

antigua colonia belga. Estos esfuerzos por crear naciones homogéneas desencadenaron la matanza de cientos de miles de personas que hasta entonces habían convivido juntas. En Oriente Medio, tras la desaparición del imperio otomano, sunitas, chii-tas, kurdos, palestinos, judíos y otros muchos grupos han mantenido claros enfrentamientos por hacerse con la autoridad del Estado y por cuestiones fronterizas durante más de ochenta años. Aunque la gente luchara por la destrucción de algunos imperios, celebrando su caída, el mundo permanecía sumido en conflictos derivados de lo que debe ser una nación y quién pertenece a ella.

En los años sesenta, Francia, Gran Bretaña y otras viejas potencias coloniales —cuyos imperios habían abarcado otrora casi un tercio de la población mundial— se hicieron más nacionalistas tras verse privadas de buena parte de sus territorios de ultramar, cediendo sólo algunas de sus prerrogativas para la creación de la Comunidad Económica Europea y más tarde de la Unión Europea. El desmoronamiento de la Unión Soviética y su imperio comunista dio lugar a cambios de soberanía. Algunos estados nuevos se autoproclamaron plurinacionales —la Federación Rusa—, mientras que otros —Uzbekistán, Turkmenistán— intentaron denodadamente crear naciones homogéneas con sus diversos pueblos. En Europa central, los líderes de varios estados postsoviéticos —la República Checa, Hungría o Polonia, entre otros— tomaron un camino distinto para unirse a la Unión

Europea, cediendo parte de la autoridad que habían recuperado a cambio de las ventajas derivadas de pertenecer a una unidad política más grande.

Estos conflictos y ambigüedades relacionados con la soberanía que han surgido por todo el mundo parecen indicar que las trayectorias históricas son mucho más complejas que el simple cambio a estados-nación. Los imperios, conscientes de mantener la diversidad de los pueblos conquistados e incorporados, han desempeñado durante muchísimo tiempo un papel crucial en la historia del hombre. A lo largo prácticamente de los dos últimos milenios, los imperios y sus rivalidades, ya fuera en una sola región o por todo el mundo, crearon una serie de contextos en los que los individuos establecieron diversos vínculos, como comunidades étnicas o religiosas, en forma de redes de emigrantes, de colonos, de esclavos o de agentes comerciales. A pesar de los esfuerzos, tanto con las palabras como con las guerras, para situar la unidad nacional en el centro de la imaginación política, la política de los imperios, las prácticas imperiales y las culturas imperiales han modelado el mundo en el que vivimos.

El presente libro no sigue el relato convencional que nos conduce inexorablemente de imperio a nación-estado. Al contrario, el propósito de estos autores es centrarse en las distintas formas en las que los imperios se crearon, rivalizaron unos con otros y forjaron sus estrategias, sus ideas políticas y sus afiliaciones humanas a lo largo de un amplio arco de tiempo, desde la

antigua Roma y China hasta la actualidad. Prestaremos atención al repertorio de poderes imperiales, a las diversas estrategias por las que optaron los imperios a medida que iban incorporando distintos pueblos a su Estado sin por ello dejar de mantener o establecer las diferencias existentes entre ellos.

Los imperios, por supuesto, raras veces representaron una unión espontánea dentro de la diversidad. La violencia y la coacción continuada fueron elementos fundamentales de su construcción y de su modo de operar. Pero cuando su éxito les permitió convertir las conquistas en beneficios, se vieron obligados a hacer frente a la diversidad de sus súbditos, produciendo en este proceso un sinfín de modos de obtener grandes provechos y de formas de gobierno. Los imperios no movilizaron ni controlaron sus recursos humanos todos por igual, pues unos optaron por la inclusión y otros por la exclusión, unos decidieron recompensar y otros explotar, unos prefirieron compartir el poder y otros concentrarlo. Los imperios hicieron posible el establecimiento de una serie de conexiones y contactos, que también intentaron controlar por todos los medios. En determinadas circunstancias, algunos pueblos consideraron que su incorporación a un Estado grande y poderoso podía repercutirles de manera positiva. Pero en general, el imperio fue la realidad política que les tocó vivir. Hombres y mujeres trabajaron en empresas concebidas para sostener economías imperiales, participaron en redes que se nutrían de los contactos del imperio y buscaron el poder,

su propia realización o simplemente su supervivencia en unos escenarios configurados por el gobierno imperial y por las rivalidades de los imperios. En algunas situaciones, encontraron el modo de escapar del control imperial, o la manera de socavarlo e incluso de destruirlo; en otras, trataron de crear sus propios imperios o de ocupar el lugar de las autoridades imperiales a las que se veían sometidos. Los imperios dieron lugar a controversias políticas, a innovaciones, a conflictos y a aspiraciones hasta bien entrado el siglo *xx*. Incluso actualmente, el imperio como forma de Estado, por no decir como denominación, sigue invocándose como una posibilidad política.

El imperio ha sido una forma de Estado claramente duradera. El de los otomanos resistió seiscientos años; a lo largo de más de dos milenios, una sucesión de dinastías chinas reivindicaron el trono de sus predecesores imperiales. El imperio romano ejerció su poder durante seiscientos años en el Mediterráneo occidental, y su sector oriental, el imperio bizantino, mil más. Roma fue recordada como modelo de esplendor y orden hasta bien entrado el siglo *xx*. Durante siglos, Rusia ha mantenido formas imperiales de gobierno sobre poblaciones muy diversas. En comparación, la nación-estado parece una anécdota en el horizonte histórico, una forma de Estado que ha aparecido recientemente por uno de los extremos de un cielo plenamente imperial y que es probable que arraigue en la imaginación política del mundo de manera parcial o transitoria.

La resistencia y la fortaleza del imperio desafían la idea de que la nación-estado es una forma natural, necesaria e inevitable, y nos induce a explorar el amplio abanico de maneras en las que los individuos, para bien o para mal, han concebido la política y han organizado sus estados. La investigación de la historia de los imperios no implica que deban ser elogiados o condenados. Bien al contrario, contemplar y entender las posibilidades que éstos ofrecían de la misma manera que las veían los hombres de la época pondrá de manifiesto los imperativos y las acciones que cambiaron el pasado del hombre, crearon nuestro presente y, quizá, modelen el futuro.

#### REPERTORIOS IMPERIALES

El presente libro no abarca todos los imperios de todas las épocas y lugares. Se centra en una serie de imperios cuyas historias se han distinguido por su singularidad, han ejercido una gran influencia y, en numerosos casos, se ha entrelazado. No todos los imperios han sido iguales; los imperios crearon, adoptaron y transmitieron diversos repertorios de gobierno. Los capítulos que presentamos en este libro hablan de la variedad de estrategias de gobierno que fueron concebibles y viables en situaciones históricas específicas, de los conflictos que surgieron en diferentes estructuras de poder y de las conflictivas relaciones entre imperios que se dieron en momentos determinados y que

con el tiempo han ido configurando la historia del mundo.

Un repertorio imperial no era un catálogo de trucos de los que poder echar mano al azar ni una fórmula preestablecida para gobernar. Enfrentados a constantes desafíos, los imperios se veían obligados a improvisar, aunque también tenían sus costumbres. Lo que sus líderes eran capaces de concebir y poner en práctica dependía de las prácticas pasadas y venía impuesto por el contexto, esto es, por otros imperios con los mismos objetivos y por pueblos codiciados por los constructores de cada imperio. Los habitantes de los territorios agredidos podían ofrecer resistencia, evitar el enfrentamiento o hacer que la invasión de un régimen más poderoso repercutiera en beneficio propio. El hecho de reconocer la flexibilidad de los repertorios imperiales, limitados por aspectos como la geografía y la historia, pero abiertos a la innovación, nos permite evitar las falsas dicotomías de continuidad o cambio, contingencia o determinismo, y buscar, en cambio, las acciones y los condicionantes que llevaron a introducir elementos en las estrategias de los imperios, así como a expulsarlos de ellas.

Nuestro planteamiento no se basa en que todos los estados importantes fueron imperios, sino en que durante buena parte de la historia de la humanidad los imperios y sus interacciones conformaron el contexto en el que los pueblos calibraron sus posibilidades políticas, trataron de hacer realidad sus ambiciones y concibieron sus sociedades. Los estados grandes y pequeños,

los grupos rebeldes y leales, así como los que apenas mostraban interés por la política, todos tuvieron que tener en cuenta a los imperios, sus maneras de gobernar y sus rivalidades. La cuestión de si el sistema imperial ha llegado a su fin es algo que abordaremos en el último capítulo.

Comenzaremos con Roma y China en el siglo III antes de la era vulgar (a. e. v.), no porque fueran los primeros imperios —entre sus grandes predecesores figuran los egipcios, los asirios, los persas, las colosales conquistas de Alejandro Magno y otras dinastías chinas aún más antiguas—, sino porque durante muchísimo tiempo fueron los principales puntos de referencia de los constructores de imperios posteriores. Una y otra alcanzaron una gran extensión física, integraron comercio y producción en economías de escala mundial (el mundo que cada una de ellas creó), concibieron instituciones en las que se cimentó el poder del Estado durante siglos, desarrollaron un convincente marco cultural para explicar y difundir su éxito y aseguraron, durante prolongadísimos períodos de tiempo, la aquiescencia al poder del imperio. Sus principales estrategias —a saber, por parte de China la confianza en una clase de funcionarios leales y perfectamente preparados, y por parte de Roma la concesión de privilegios, al menos en teoría, a sus ciudadanos— tuvieron unos efectos profundos y duraderos en la manera en la que los individuos se imaginan sus estados y el papel que desempeñan en ellos.

A continuación hablaremos de los imperios que intentaron ocupar el lugar de Roma, esto es, el de la resistente Bizancio, los de los dinámicos y mutables califatos islámicos, así como el de los carolingios, tan efímero. Estos tres rivales construyeron sus imperios sobre cimientos de naturaleza religiosa; sus historias son un exponente de las posibilidades y los límites del monoteísmo militante como arma del poder estatal. El ansia por convertir o matar al pagano y difundir la verdadera fe movilizó a guerreros cristianos y musulmanes, pero también provocó divisiones en el seno de los imperios, por cuestiones como quién estaba investido de la verdad en materia religiosa y quién pretendía el trono por derecho de gracia divina.

En el siglo XIII, durante el reinado de Gengis Kan y sus sucesores, los mongoles crearon el mayor imperio de todos los tiempos, basándose en un principio radicalmente distinto, a saber, un enfoque pragmático de la diversidad religiosa y cultural. Los kanes mongoles disponían de las ventajas tecnológicas propias de las sociedades nómadas, entre las que destacaba un ejército fuerte y resistente, que se caracterizaba por su movilidad y por ser en gran medida autosuficiente, pero fue su exhaustiva noción de sociedad imperial lo que permitió que rápidamente hicieran uso de las habilidades y los recursos de los distintos pueblos que conquistaron. El repertorio de dominación propio de los mongoles combinaba la violencia intimidatoria con la protección de diferentes religiones y culturas y la política de la lealtad

personal.

Los mongoles adquieren una relevancia especial en nuestro estudio por dos razones. En primer lugar, sus formas de dominación influyeron en la política de un vastísimo continente (en China, así como en los posteriores imperios ruso, mogol y otomano). En segundo lugar, en una época en la que ningún Estado de la región occidental de Eurasia (la actual Europa) podía contar con lealtades y recursos a gran escala, los mongoles protegieron rutas comerciales que iban desde el mar Negro hasta el Pacífico, posibilitando la transmisión de una punta a otra del continente de conocimientos, mercancías y estrategias de gobierno. En las páginas del presente libro no abordaremos otros imperios —de la zona que actualmente ocupa Irán, del sur de la India o de África, entre otras regiones—, aunque también fomentaran las relaciones exteriores y los cambios mucho antes de que los europeos aparecieran en el escenario de las grandes potencias.

Fue la riqueza y la vitalidad comercial de Asia lo que en último término llevó a los pueblos de lo que hoy día se considera Europa a lo que era para ellos una nueva esfera de comercio y transporte en la que se abría un abanico de posibilidades. Los imperios de España, Portugal, Francia, los Países Bajos y Gran Bretaña no son abordados en nuestra exposición desde la perspectiva habitual de «la expansión de Europa». En los siglos <sup>xv</sup> y <sup>xvi</sup> era imposible pensar en Europa como entidad política, y, en cual-

quier caso, las regiones geográficas no pueden considerarse nunca actores políticos. En cambio, centraremos nuestro análisis en la reconfiguración de las relaciones existentes entre los imperios de esta época, un proceso dinámico cuyas consecuencias sólo fueron evidentes mucho más tarde.

Las extensiones marítimas «europeas» fueron fruto de tres aspectos: los productos de gran valor producidos e intercambiados en la esfera del imperio chino, el obstáculo que supuso la dominación del Mediterráneo oriental y las rutas terrestres orientales por parte del imperio otomano, y la imposibilidad por parte de los gobernantes de Eurasia occidental de reconstruir una unidad similar a la del imperio romano en una zona caracterizada por las rivalidades y antagonismos de monarcas y dinastías, nobles con poderosos partidarios y ciudades empeñadas en la defensa de sus derechos. Fue esta configuración global del poder y los recursos lo que llevó a los navegantes europeos a Asia y, más tarde, gracias al descubrimiento casual de Cristóbal Colón, a las Américas.

Estas nuevas conexiones vinieron a reconfigurar en último término la economía global y la política mundial. Pero distaron mucho de generar un mundo unipolar europeo. El poder marítimo de portugueses y holandeses dependió del empleo de la fuerza para limitar la actividad comercial de sus competidores, así como de obtener las garantías de que los productores y las autoridades locales del sur de Asia, de donde procedían las

riquezas en forma de especias y tejidos, estaban decididos a apostar por un nuevo comercio de larga distancia. Los enclaves comerciales fortificados se convirtieron en un elemento primordial del repertorio de poder de los europeos. Tras el «descubrimiento» de Colón, sus regios patrocinadores pudieron crear un imperio «español» consolidando su poder en dos continentes y suministrando la plata —obtenida mediante métodos coactivos con el trabajo de los indígenas americanos— que engrasaba la máquina comercial en el oeste de Europa, el Sureste asiático y el imperio chino, tan poderoso y dinámico desde el punto de vista económico y mercantil.

En las Américas, los colonos procedentes de Europa, los esclavos traídos de África y sus amos imperiales produjeron nuevas formas de política imperial. Impedir que individuos subordinados —indígenas o no— obraran por su cuenta o decidieran apostar por imperios rivales no fue una tarea fácil. Los gobernantes de los imperios tuvieron que inducir a las elites de tierras lejanas a cooperar, y tuvieron que dotar a las gentes —ya fuera en su territorio, en ultramar y entre una y otra zona— de un sentido de la ubicación en el marco de un estado desigual, pero inclusivo. Todos estos esfuerzos no siempre permitieron la asimilación o la conformidad de los individuos; a veces, ni siquiera su aceptación resignada. A lo largo del presente estudio aparecen constantemente las tensiones y los conflictos violentos que se produjeron entre los gobernantes de los imperios, los colonos de

ultramar, las comunidades indígenas y los que se vieron forzados a emigrar.

El imperio, tanto en Europa como en cualquier otra región del mundo, era algo más que una simple cuestión de explotación económica. Ya en el siglo <sup>xvi</sup>, unos cuantos juristas y misioneros del Viejo Continente establecían diferencias entre formas legítimas e ilegítimas de poder imperial, condenando las agresiones de los europeos a las sociedades indígenas y poniendo en tela de juicio el derecho de los imperios a apoderarse de las tierras de los pueblos conquistados y a utilizar a éstos como mano de obra forzada.

Fue sólo en el siglo <sup>xix</sup> cuando algunos estados europeos, gracias al poder que les proporcionaban sus conquistas imperiales, alcanzaron claramente un nivel tecnológico y material superior al de sus vecinos y al de otras zonas del mundo. Este «momento» de dominación imperial nunca llegó a ser pleno ni estable. La oposición a la esclavitud y a los excesos y las brutalidades de gobernantes y colonos puso ante una opinión pública comprometida la cuestión de si las colonias eran lugares en los que tenía perfectamente cabida la explotación de seres humanos sin más o si, por el contrario, eran regiones que formaban parte de un Estado inclusivo, aunque poco equitativo. Por otro lado, imperios como el de China, el de Rusia, el de los otomanos y el de los Habsburgo no eran viejas glorias imperiales, como cuentan los relatos convencionales, pues tomaron iniciativas con el

fin de contrarrestar los desafíos económicos y culturales que fueron surgiendo, y desempeñaron un papel crucial en los conflictos y en las relaciones que daban vida a la política mundial. Los capítulos que presentamos abordan la trayectoria de estos imperios, con sus tradiciones, con sus tensiones y con sus rivalidades.

Asimismo, examinamos las maneras sorprendentemente dispares en las que la expansión imperial por tierra, no sólo por mar, produjo distintas configuraciones de la política y la sociedad. En los siglos <sup>xviii</sup> y <sup>xix</sup>, los Estados Unidos y Rusia expandieron su dominio a lo largo y ancho de los continentes. El repertorio de dominación de Rusia —heredado de una combinación de predecesores y rivales imperiales— se basó en poner al mayor número de individuos posible bajo el manto protector del emperador —sin, por supuesto, dejar de explotarlos—, manteniendo a la vez las diferencias existentes entre los grupos incorporados. Los americanos revolucionarios invocaron una política imperial distinta, volviendo las ideas de soberanía popular en contra de sus amos británicos, para luego construir un «imperio de la libertad», en palabras de Thomas Jefferson. Los Estados Unidos, que fueron expandiéndose a medida que los americanos conquistaban pueblos indígenas o adquirían partes de otros imperios, crearon una plantilla para la conversión de nuevos territorios en estados, excluyeron a los indios y a los esclavos del gobierno y lograron mantener su unión tras una durísima guerra civil que se desencadenó por la cuestión de gobernar distintos

territorios de manera diferente. A finales del siglo <sup>xix</sup>, este joven imperio extendió su poder a tierras de ultramar, sin desarrollar la idea, generalmente aceptada, de los Estados Unidos como metrópoli de colonias.

Gran Bretaña, Francia, Alemania y otros países europeos fueron menos reticentes a la dominación colonial, aplicándola con vigor a finales del siglo <sup>xix</sup> a sus nuevos territorios en África y Asia. Estas potencias, sin embargo, comenzaron a descubrir a comienzos del siglo <sup>xx</sup> que gobernar sus colonias africanas y asiáticas era mucho más difícil que la conquista militar. La mismísima pretensión de que estaban llevando «la civilización» y «el progreso» económico a unos territorios supuestamente atrasados llevó a que los poderes coloniales se plantearan una cuestión, a saber, qué forma de colonialismo, si había una, era política y moralmente defendible ante ellos mismos, ante los imperios rivales y ante las elites indígenas.

Los imperios, tanto en los siglos <sup>xix</sup> y <sup>xx</sup> como en el <sup>xvi</sup>, existieron unos respecto de otros. De maneras distintas, combinaron diferentes organizaciones de poder: colonias, protectorados, dominios, territorios incluidos por la fuerza en una cultura dominante, regiones nacionales semiautónomas. Se basaron en unos recursos humanos y materiales que quedaban lejos del alcance de cualquier gobierno nacional, intentando controlar territorios y pueblos tanto contiguos como muy alejados.

En el siglo <sup>xx</sup> fue la rivalidad entre imperios —mucho más

acusada debido a la aparición en escena de Japón y a la desaparición temporal de China— la que arrastró a los poderes imperiales y a sus súbditos de todo el mundo a dos guerras mundiales. Las consecuencias devastadoras de estos conflictos entre imperios, así como los volátiles conceptos de soberanía que nutrieron en su seno y entre ellos mismos, prepararon el escenario para la disolución de los imperios coloniales durante las décadas de los cuarenta, los cincuenta y los sesenta. Pero el desmantelamiento de este tipo de imperios dejó sin resolver una cuestión: ¿cómo iban a adaptar los Estados Unidos, la URSS y China sus repertorios de dominación a las nuevas circunstancias?

¿Qué fue lo que hizo que se produjeran esas grandes transformaciones en la política mundial? Solía decirse que los imperios habían dado lugar a la aparición de naciones-estado después de que comenzaran a surgir en Occidente ideas relativas a los derechos, las naciones y la soberanía popular. Pero esta tesis plantea varios problemas. En primer lugar, los imperios sobrevivieron al siglo XVIII, cuando las ideas relacionadas con la soberanía popular y los derechos naturales cautivaron el pensamiento político en diversos lugares del mundo. Además, si damos por hecho que los orígenes de esos conceptos tuvieron un carácter «nacional», pasamos por alto una dinámica fundamental de los cambios políticos. En la Norteamérica británica, en el Caribe francés, en la Sudamérica española, y en todo el mundo, las luchas por tener voz en la política, por los derechos y por la ciudadanía estallaron

*dentro* de los imperios antes de convertirse en revoluciones *contra* ellos. Los resultados de dichas contiendas no fueron siempre de carácter nacional. Las relaciones existentes entre democracia, nación e imperio seguían siendo objeto de debate a mediados del siglo XX.

Algunos estudios de historia universal atribuyen una serie de cambios importantes a la «aparición del Estado» a «comienzos de la Edad Moderna», dos expresiones vinculadas a la idea de un único camino hacia un tipo normal y universal de soberanía, la «occidental». Los académicos han ofrecido distintas fechas para el nacimiento de este sistema de Estado «moderno»: 1648 y el Tratado de Westfalia, el siglo XVIII con sus innovaciones en las teorías políticas occidentales, la guerra de Independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa. Pero cuando ampliamos nuestra perspectiva, fijándonos en otros territorios y remontrándonos en el tiempo, y ponemos nuestra atención en los imperios, vemos que en distintas partes del mundo los estados han institucionalizado el poder durante más de dos mil años. La exposición de un estudio sobre el desarrollo del Estado europeo y las «respuestas» de otros pueblos supondría una tergiversación de las dinámicas a largo plazo del poder del Estado tanto en Europa como en el resto del mundo.

En la misma medida que los estados acabaron siendo más poderosos en la Inglaterra y la Francia de los siglos XVII y XVIII, esas transformaciones fueron consecuencia del imperio, y no al revés.

Como poderes que intentan controlar una gran extensión de territorio, los imperios dirigieron una serie de abundantes recursos hacia instituciones estatales en las que se concentraban los ingresos económicos y la fuerza militar. Las guerras entre distintos imperios que se desataron en los siglos XVIII, XIX y XX fueron el caldo de cultivo de movimientos revolucionarios que desafiaron a los imperios-estado de Europa.

En otras palabras, el presente estudio de los imperios rompe en concreto con las teorías sobre la nación, la modernidad y Europa para explicar el curso de la historia. Este libro es un ensayo interpretativo, basado en el análisis de unos cuantos escenarios históricos que hemos seleccionado. Cuenta cómo el poder imperial —y las contiendas surgidas en su seno, al igual que las luchas por hacerse con él— ha venido configurando sociedades y estados durante miles de años, ha inspirado la ambición y la imaginación y ha abierto y cerrado infinidad de posibilidades políticas.

#### EL IMPERIO COMO TIPO DE ESTADO

¿Qué es, pues, un imperio, y cómo distinguirlo de otras entidades políticas? Los imperios son grandes unidades políticas, son expansionistas o tienen nostalgia de expansión territorial, son gobiernos estatales que mantienen las diferencias y las jerarquías a medida que van incorporando otros pueblos. La nación-

estado, en cambio, se basa en la idea de un único pueblo en un único territorio, y constituye una única unidad política. Proclama la igualdad de su gente —aunque la realidad sea mucho más compleja—, mientras que el imperio-estado declara la desigualdad de un sinfín de pueblos. Uno y otro tipo de Estado son inclusivos —hacen hincapié en que la gente sea gobernada por sus instituciones—, pero la nación-estado tiende a la homogeneización de la población que abarcan sus fronteras, excluyendo a las demás, mientras que el imperio va más allá e impone, normalmente con métodos coercitivos, su poder sobre pueblos claramente distintos entre sí. El concepto de imperio presupone que los diferentes pueblos que forman el Estado serán gobernados también de manera diferente.

El hecho de establecer todas estas distinciones no es para llevar a cabo una catalogación estricta y precisa de las cosas, sino todo lo contrario, esto es, para observar la variedad de posibilidades políticas que ofrecían y las tensiones y conflictos que se daban en ellas. Con frecuencia, los hombres han tratado de cambiar la estructura del Estado en el que vivían, bien para conseguir autonomía de un emperador que actuaba como un déspota en nombre de un pueblo, bien para imponer el poder de un pueblo sobre otros con el fin de crear un imperio. Aunque hubo «naciones» que se convirtieron en unidades de poder realmente significativas, se vieron obligadas, no obstante, a compartir territorios con los imperios y a afrontar los desafíos que éstos supo-

nían. ¿Podía un Estado dependiente de los recursos materiales y humanos de un territorio y de un pueblo sobrevivir frente a unos poderes cuyas fronteras eran mucho más expansivas? Incluso en la actualidad, los pueblos de las islas del Pacífico (Nueva Caledonia, respecto a Francia) o del Caribe (Puerto Rico, respecto a los Estados Unidos), así como de otros rincones del mundo, calculan las ventajas y las desventajas que supondría su separación de unas unidades mucho más grandes. Mientras sigan existiendo la diversidad y la ambición política, será siempre muy tentadora la idea de crear un imperio, y como los imperios perpetúan diferencia e inclusión conjuntamente, habrá siempre la posibilidad de que se desmoronen. Por todas estas razones, el concepto de imperio resulta sumamente útil para entender la historia del mundo.

En ocasiones, los constructores de estados nuevos crearon conscientemente sus propios imperios, como hicieron los hombres que se rebelaron contra Gran Bretaña en la Norteamérica del siglo XVIII. Otras veces, los estados que acababan de adquirir su independencia siguieron un camino nacional, como en el África descolonizada de finales del siglo XX, y no tardaron en comprobar su vulnerabilidad en sus relaciones con otros estados de mayor envergadura. En algunos casos, han sido los propios imperios los que han intentado crear naciones, preferiblemente en el territorio de otro imperio, como en el siglo XIX hicieron los líderes británicos, franceses, rusos y austrohúngaros en tierras

de los otomanos. No ha habido ni hay un único camino para que se dé el paso de imperio a nación, o viceversa. Las dos maneras de organizar el poder del Estado comportan desafíos y oportunidades para los políticamente ambiciosos, y un imperio podía transformarse en algo parecido a una nación-estado, y viceversa.

¿Qué otras formas políticas se diferencian de los imperios? Los grupos pequeños, más o menos homogéneos desde el punto de vista cultural, organizados a menudo en torno a divisiones de tareas por sexo, edad, estatus o parentesco, son considerados con frecuencia la antítesis de un imperio. Algunos especialistas rehúyen del término «tribu» por considerarlo peyorativo, pero otros lo emplean para indicar un grupo social que puede ser flexible, interactivo y políticamente creativo. En este sentido, una tribu puede experimentar un desarrollo cuando sus miembros extienden su poder sobre otros individuos y se otorgan un nombre y a veces una misión. En la estepa euroasiática, las tribus se unieron formando grandes confederaciones, que en algunos casos crearon verdaderos imperios. Los imperios mongoles del siglo XIII surgieron de la política de una formación y confederación tribal.

El hecho de que tribus, pueblos y naciones hayan creado imperios indica una dinámica política fundamental, que nos ayuda a explicar por qué los imperios no pueden confinarse a un lugar o a un tiempo determinados, sino que surgieron y resurgieron a lo largo de miles de años en todos los continentes. En unas

condiciones caracterizadas por un notable acceso a importantes recursos y a una tecnología sencilla, las pequeñas ventajas —léase, el mayor tamaño de una familia, más facilidad para el regadío, mejores accesos a las rutas comerciales, buena suerte o líderes ambiciosos y hábiles— pueden desembocar en la dominación de un grupo sobre otro, poniendo en movimiento la creación de dinastías y monarquías tribales. Para un futuro rey o líder tribal, la única manera de hacerse más poderoso es mediante la expansión, esto es, mediante la obtención de animales, dinero, esclavos, tierras y otras formas de riqueza fuera de los límites de su reino, dejando en paz a los que habitan en él, cuyo apoyo necesita. Una vez iniciada esta asociación de recursos y exterior, los elementos de otros ámbitos pueden ver determinadas ventajas en su sumisión a un conquistador poderoso y eficaz. A continuación, decididos y animados ante esta perspectiva, los reyes o los líderes tribales pueden servirse de sus nuevos subordinados para obtener los recursos de manera regular —sin recurrir a métodos como las incursiones de saqueo— y para facilitar la incorporación de otros pueblos, otros territorios y otras rutas comerciales, sin necesidad de imponer una uniformidad cultural o administrativa. Así pues, tribus y reinos proporcionaron materiales e incentivos para la creación de imperios.

A las tribus y los reinos —entidades distintas de los imperios, pero con potencial para convertirse en uno de ellos—, cabe añadir las ciudades-estado. La ciudad-estado de la antigua Grecia

legó a algunas sociedades posteriores una serie de modelos y términos políticos —la ciudad entendida como «polis», esto es, unidad de inclusión y participación política—, así como la idea de la virtud civil, según la cual la pertenencia implica determinados derechos y deberes. Pero al igual que la tribu, la ciudad-estado no constituía una entidad uniforme, estática o aislada. La democracia griega era sólo para los hombres libres, y excluía a mujeres y esclavos. Las ciudades-estado tenían su *hinterland*, participaban del comercio por tierra y por mar y competían con otras entidades políticas y entre ellas. Las que prosperaban como centros estratégicos de redes comerciales o controlaban rutas de conexión, como, por ejemplo, Venecia y Génova, podían convertirse en objetivos muy apetecibles de los imperios, podían tratar de coexistir con éstos o incluso convertirse, como hiciera Roma, en uno de ellos.

A lo largo y ancho del planeta, la lógica política del enriquecimiento mediante la expansión ha supuesto la aparición de imperios como una de las principales formas de poder. Los faraones egipcios, los asirios, los reyes Gupta del Sureste asiático, la dinastía Han de China, los pueblos túrquicos, así como otros de Asia central, los persas, los mandinkas y los songhay de África occidental, los zulúes de África meridional, los mayas de Centroamérica, los incas de América del Sur, los bizantinos y los carolingios del sureste y el norte de Europa, al igual que los califatos musulmanes, utilizaron la estrategia flexible de la subordi-

nación de otras gentes para crear imperios, esto es, grandes estados expansionistas que incorporan, a la vez que diferencian, a sus individuos.

En la actualidad la alternativa al imperio que se invoca con más frecuencia es la nación-estado. La ideología de la nación-estado presupone que un «pueblo» hizo valer y se ganó su derecho a la autodeterminación. Esta idea, sin embargo, tal vez sea fruto de una historia diferente, de un Estado que mediante iniciativas institucionales y culturales persuadió a sus miembros de que debían considerarse un único pueblo. Independientemente de que presuma un carácter «étnico» o «cívico» de sus raíces, o una combinación de ambos, la nación-estado construye y genera un sentido de comunidad, así como una marcada distinción, a menudo fuertemente controlada, entre los individuos incluidos en la nación y los excluidos de ella.

Aunque desde el siglo XVIII las naciones hayan ocupado un lugar prominente en la imaginación política de muchos lugares, la nación-estado no constituyó la única alternativa al imperio, ni entonces ni en tiempos más recientes. Otra posibilidad era la federación, esto es, una forma estratificada de soberanía en la que algunos poderes los ostentan unidades políticas independientes, mientras que otros están centralizados, como, por ejemplo, en el caso de Suiza. La confederación lleva esta idea un paso más allá, pues reconoce el carácter distintivo de cada unidad federada. Como veremos más adelante, en el Capítulo 13, en una

época tan reciente como la década de los cincuenta del pasado siglo, importantes líderes del África Occidental Francesa sostenían que una confederación, en la que Francia y sus antiguas colonias participaran en calidad de iguales, era preferible al desmembramiento del imperio para constituir naciones-estado independientes. Canadá, Nueva Zelanda y Australia, y más tarde Sudáfrica, comenzaron su autogobierno en los siglos XIX y XX, pero siguieron formando parte de la «Commonwealth británica». En el siglo XXI, la confederación, en formas diversas, continúa siendo atractiva desde el punto de vista político en Europa, África, Eurasia y otras partes del mundo, lo que indica las ventajas derivadas de la distribución de funciones gubernamentales y aspectos de la soberanía en distintos niveles de organización política.

Las tribus, los reinos, las ciudades-estado, las federaciones y las confederaciones, al igual que las naciones-estado, no pueden justificar la pretensión de constituir unidades «naturales» de afinidad o acción política; han estado yendo y viniendo, a veces transformadas en imperios, a veces absorbidas en imperios, desapareciendo y apareciendo a medida que los imperios luchaban unos contra otros. Ningún tipo de Estado mantiene una relación permanente con la democracia como principio rector. Desde la época de la República de Roma del siglo III a. e. v. hasta la Francia del siglo XX, encontramos imperios sin emperadores, imperios gobernados de distintas formas, imperios denominados de distintas maneras. Dictadores, monarcas, presidentes, parlamentos

y comités centrales han llevado las riendas de imperios. La tiranía ha sido, y es, una posibilidad en estados homogéneos desde el punto de vista nacional, así como en imperios.

Lo que resulta significativo en la historia cuando hablamos de imperios es su habilidad para establecer los contextos en los que tuvieron lugar las transformaciones políticas. El poder de atracción que ejercía la idea de someter a otros y enriquecerse mantuvo a los imperios en movimiento y en tensión o en conflicto entre ellos y con otros tipos de Estado. Los recuerdos de pasados imperiales, el rechazo y el temor a los imperios, así como la ambición de crear nuevas formas de gobierno complejas inspiraron y marcaron pautas a líderes y seguidores, a los ambiciosos y a los indiferentes, y también a quienes se vieron arrastrados por los acontecimientos.

#### TEMAS

Si bien el imperio —como forma de Estado— ha sido un fenómeno persistente a lo largo del tiempo, el imperio —como forma de gobierno— no se ha caracterizado por su uniformidad. El presente estudio muestra especial atención en las distintas maneras en las que los imperios convirtieron las conquistas en gobierno y en cómo equilibraron la incorporación de individuos al Estado con la conservación de las diferencias existentes entre dichos individuos. En nuestro análisis de las trayectorias de los

imperios que ofrecemos en este libro hemos considerado especialmente los cinco temas siguientes.

#### *Diferencias existentes entre los imperios*

Nuestros capítulos se centran en cómo los imperios se valieron de la política de la diferencia. Utilizamos este término de un modo más general y neutral que el multiculturalismo de la actualidad que defiende el reconocimiento de comunidades diversas y sus supuestos valores. Una reivindicación basada en la autenticidad cultural no es más que una manera de hacer de la diferencia un elemento de política. La política de la diferencia, en ciertos imperios, podía significar que se reconociera la multiplicidad de pueblos y sus distintas costumbres como un hecho normal y corriente; en otros, supuso el establecimiento de una rígida frontera entre súbditos sin diferenciación y extranjeros «bárbaros».

Varios estudios recientes acerca de los imperios coloniales de los siglos <sup>XIX</sup> y <sup>XX</sup> han hecho hincapié en que los constructores de imperios —exploradores, misioneros y científicos, al igual que líderes políticos y militares— pusieron un gran empeño en establecer distinciones del tipo «nosotros/ellos», «los míos/los otros», entre la población colonizadora y la colonizada. Desde semejante perspectiva, conservar o crear diferencias, incluida la de raza, no fue algo natural; llevó su trabajo. Los estados colo-